

Cuarto Domingo del Tiempo de Cuaresma / Ciclo A.

“Yo soy la Luz del mundo”

RIXIO G. PORTILLO R.
RAYMUNDO A. PORTILLO R.
WWW.JESUS-SACRAMENTADO.ORG

En este domingo la liturgia nos presenta una visión más iluminada del tiempo de Cuaresma, gracias a la proximidad de la celebración de la Pascua, por eso este día es llamado domingo de la alegría.

El centro de la narración es la curación de un ciego de nacimiento, un joven que en su vida nunca había experimentado el poder contemplar la luz, viviendo en una profunda oscuridad.

Este joven somos nosotros y es la humanidad entera, que sumergida en las tinieblas del pecado, es incapaz de ver el rostro de Dios; teniendo únicamente una visión dramática y pesimista del mundo que le rodea en el que aparentemente vence el mal y el sufrimiento, y en donde no tiene cabida el amor y la verdad.

Por eso Jesús se presenta hoy como la Luz del mundo para iluminar nuestra vida y nuestro camino cuaresmal con su mirada amorosa, es ese mirar el que nos transforma y nos hace libres para vivir la vida en abundancia, sabiendo que el Señor no es indiferente ante nuestro sufrimiento, y que el mal no tiene la última palabra en nosotros.

Sólo Jesús, que ha entregado su vida, es quien puede iluminar al mundo para conducirnos hacia



el esplendor de la fe y convertirnos en hijos de la luz y portadores de la verdadera alegría. A su lado ya no hay oscuridad, si no únicamente su rostro amoro-

so que con la fuerza de su palabra nos rescata de nuestra oscuridad interior y nos transforma en discípulos suyos, portadores de su luz.

Evangelio (9,1-41).

“En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: Maestro, ¿quién pecó: éste o sus padres, para que naciera ciego? Jesús contestó: Ni éste pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro

con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado). Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: ¿No es ése el que se sentaba a pedir? Y le preguntaban: ¿Y cómo se te han abierto los ojos? Él contestó: Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé y empecé a ver”.